

VIDA DE MUERTOS

José Urriola



Vida de muertos, José Urriola, 2022

© Del texto: José Urriola 2022

© De las ilustraciones: Alba Hoyos, 2022

Petalurgia, 2022

Colección Fabularia

petalurgia@gmail.com

www.petalurgia.com

@petalurgia



Edición, diseño y maquetación:

María Gabriela Lovera Montero

Licencia Creative Commons de esta edición:



Reconocimiento / No comercial

Sin obra derivada / 4.0 Internacional

Madrid, 2022

VIDA DE MUERTOS



VIDA DE MUERTOS

José Urriola

Ilustraciones
Alba Hoyos



Colección Fabularia

Yo tenía una buena vida antes del fin del mundo. Bueno, era una vida sin mayores sobresaltos, digamos que tibia, sumida en un letargo prolongado, como en una modorra sostenida. Pero sería yo un poco mezquina y desagradecida al menospreciar aquella vida mía, porque esa modorra pausada era bastante mejor que estarse asfixiando, muriéndose de la paranoia o incinerando a los tuyos antes de que las hordas hambrientas de antropófagos se los comieran. Así que en aquel tiempo éramos Agustín y yo, en nuestra cabaña en el medio de la nada, esperando que ocurriera eso inevitable que misteriosamente no acababa de ocurrir. Y nos llegaban las noticias a cuentagotas, porque alguna estación de radio aún transmitía y de pronto la lográbamos sintonizar, o porque pasaba alguien por allí (de la rara especie de los que no comían carne humana) y nos contaba: «está peor, ya van por la Upsilon, los sanos somos cada vez menos y estamos todos locos. Parece que ya hay algunos casos de la variante Phi... cuando llegemos a la Omega es porque se acabó todo».

Y nos salvamos de todas las mutaciones hasta que llegó la Omega y ahí Agustín se enfermó. A mí no me dio nada. Había un mito de que a las mujeres nos daba menos. Y es tan raro ser inmune porque uno en esos casos no sabe si es una bendición o más bien una condena. No dejas de preguntarte, como si tuvieras una mosca gorda que no para de zumbarte dentro del cráneo, pero por qué todo el mundo se muere y se va y se libra de no tener que vivir más entre caníbales, paranoias, contagios, asfixias, incineraciones, pero uno no puede. ¿Habrá algo malo en mí? Es que tiene que haberlo. ¿Será que la enzima que le permite a uno morirse como todo el mundo a mí no me la echaron?

Antes tenía por lo menos la compañía de Agustín, que era tibia, descafeinada, que siempre le faltó algo de maldad, un toquecito de adicción, un gramo más de locura; pero al menos conformábamos la unión de dos ausencias medianamente bien acompañadas. Pero Agustín cayó con Omega, la más contagiosa y letal de todas, el último aguijonazo de Dios para borrarlos de una buena vez de la faz de la Tierra. Y yo me acosté a su lado, cuando aún Agustín podía sostener una erección, y lo besé con mucha lengua y bebí de él, me lo tragué entero, le exprimí todo lo que daba; porque, al final –digo yo– mejor que te contagie alguien cercano y morirse juntos. Pero Agustín se fue marchitando, se fue secando como una hoja sobre la cama, se le acabó el aliento y en un punto ya no era una persona sino un pellejo que respiraba con enorme dificultad. Sin embargo, antes de morir reunió fuerzas y me dijo: «No me quemes, Mati, entiérrame aquí en esta tierra. Y vete antes de que lleguen los lobos». Los lobos que no eran peludos ni cuadrúpedos ni de afilados colmillos, se refería a los otros que eran mucho peores, a los que son hombres convertidos más que nunca en lobos del hombre.

Enterré a Agustín como quien se despide de un gato que la verdad nunca te perteneció y te acompañó siempre desde el otro lado del cristal de la ventana, pero ahora que no está su ausencia te resulta insoportable, escandalosa. Aplané bien la tierra sobre su tumba, y me fui antes de que llegara la jauría. Me fui sin saber para dónde. Como quien decide de pronto seguir a un perro callejero a ver dónde le lleva. A cualquier lugar donde pudiera darme muerte con cierta facilidad en caso de que me alcanzaran.

Me extrañó caminar durante días y noches sin cruzarme con un alma. Nadie. Ni un solo lobo. Como si Omega se los hubiera llevado a todos, incluyéndolos. Una mañana me encontré por fin a una anciana. Me dijo que se dirigía al único refugio que quedaba en la Tierra, a la ciudad–cúpula que se encontraba al Este. Llegamos al día siguiente hasta el umbral de aquella puerta gigantesca, única abertura en toda la muralla, cuya entrada tenía un arco donde rezaba en letras cromadas: «Bienvenidos a Melgea. Una mejor Tierra». Entré. No tenía otra opción. No la quería tampoco. Estaba harta de vagar como un alma en pena. Una vez dentro de la ciudad–cúpula me enteré de que los vivos éramos un puñado nada más. Y por lo visto todos los que quedábamos estábamos ya



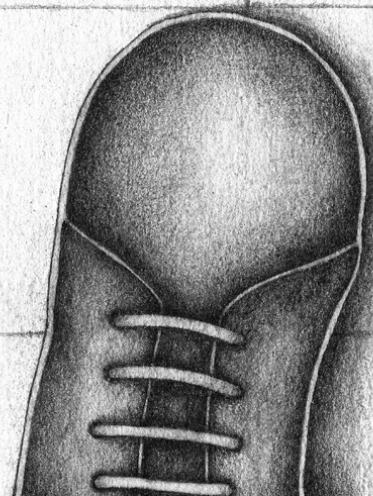
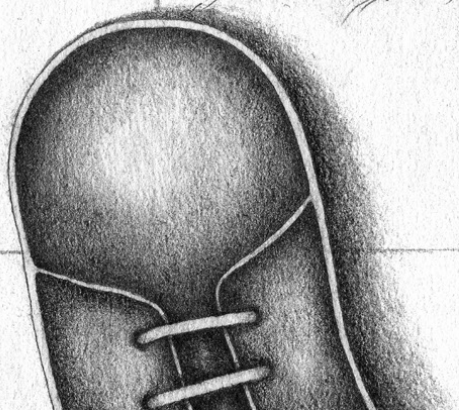
allí. Nosotros, los inmunes. Porque algo había en nuestra sangre que funcionaba mejor que cualquier tratamiento o vacuna. Qué era exactamente lo que nos salvaba, no se sabía. Era un misterio que habría que indagar más adelante. Ah, y también nos confirmaron que tenían razón los que decían que Omega y todas las variantes que le antecedieron eran producto de un experimento que se salió de control. Sí, se escapó de un laboratorio y luego nadie sabía qué hacer con ese Frankenstein desencadenado. Porque, como siempre pasa pero nunca aprendemos, jugamos a ser dioses pero luego quien te pasa factura es el diablo.

Las primeras semanas (puede que meses) hubo dos únicas reglas en Melgea: dedicarte todo el día a hacer lo que te viniera en gana, y asistir una vez al día al laboratorio para someterte a los análisis de los especialistas. De nuestra sangre saldría la vacuna o la cura. No nos iba a alcanzar el destino desprevenidos nunca más. Fue durante esos tiempos que se descubrió también lo de la inflamación del cerebro. Una ligera distorsión en el sistema límbico, así le llamaron. Algo así como un recrecimiento en la masa cerebral que aplastaba ahora ligeramente a la amígdala espejo y al hipotálamo, lugar donde el cerebro origina y reconoce las emociones. Todos los inmunes compartíamos esa condición. Por lo visto sí habíamos sido contagiados en algún momento, pero en vez de padecer la enfermedad o morir a causa de ella simplemente teníamos menos espacio para los asuntos afectivos. Éramos neuronalmente menos emocionales, menos empáticos, más individualistas y con menor propensión al sentido común. Nada nuevo bajo el sol, solo que ahora explicado y justificado cerebralmente.

Un día, de buenas a primeras, nos dejaron de llamar. Cerraron el laboratorio. Una de dos: o encontraron lo que estaban buscando y no nos avisaron nada, o se sintieron presionados por las voces cada vez más acaloradas que clamaban: «Están violando nuestros derechos como sujetos, están coartando nuestras libertades individuales, nos están utilizando como conejillos de Indias con la excusa del buscar el bien común». En fin, en una sociedad hedonista como la de Melgea lo de hacer experimentos con la gente, por más que fueran voluntarios, no está bien visto. Además, bastaba con revisar la historia de la humanidad para darse cuenta de que la búsqueda del bien común no nos había llevado a otra parte que al fin del mundo.

Pero entonces lo de la «nueva condición empática» comenzó a descontrolarse. A ver, intentaré ponerlo en palabras: uno tiene una necesidad, una sed, un ansia que debe ser saciada. Además, ahora cerebralmente tenías algunos asuntos bloqueados mientras otros estaban desinhibidos, sin filtro. Es como si de pronto perdieras la malla de contención, se te difuminara la frontera entre “me dan ganas de hacer esto” a la acción donde ya lo hiciste y de pronto te hallas con las uñas llenas de carne ajena y la boca chorreando sangre. Vives en una sociedad perfecta, sí, pero donde el hombre es tan libre que ya no siente el mínimo reparo en ser depredador de otros hombres. Un mundo hobbesiano, el fin del contrato social. En ese contexto melgleano si alguien tenía deseos sexuales, pues iba directamente a la fuente del deseo y bebía de ella (estuviera la otra parte de acuerdo o no). Si querías matar: pues matas. Si sentías hambre (del tipo que sea), pues comes. No había nada por encima de la necesidad imperiosa de saciar la sed personal. No había límites para esa libertad absoluta y desenfrenada de un sujeto desbordado y retroalimentado de sí mismo. En otras palabras, en muy poco tiempo habíamos encontrado un nuevo camino expedito para la aniquilación de la especie.

Y no me eximo, no me excuso, yo lo asumo: también sentí la sed. Yo también tenía esa necesidad imperiosa de saciarla. A mí lo que me pasó es que me fueron dando cada vez más ganas de matarlos a todos. Eso sí, que sufrieran primero. Que pagaran lentamente por toda su estupidez y su egoísmo, que se despidieran como en un larguísimo fundido a negro de este planeta mientras se hacían conscientes de no haber aprendido nunca absolutamente nada. Mi sed era justiciera: «te vas a ganar cada milímetro de sufrimiento porque reuniste todos los méritos. Te vas a morir de una manera horrible pero porque te lo buscaste y te lo mereces». De manera que convertí una habitación de mi apartamento en una cámara de tortura. Y me fui proveyendo de pinzas, tijeras, bisturíes, sierras, taladros, martillos, cosas así. Cosas metálicas y filosas para hacer daño. Más de una vez estuve tentada –ya fuera por seducción o coacción– de traerme a alguien a casa para estrenar mi sala de torturas. Pero al final siempre desistía. No pude. Había algo dentro de mí que me hacía incapaz de pasar del deseo a la acción, del pensamiento al hecho. Algo dentro de mí que encontraba en ese empeño por «permanecer humano»



un gesto loable de resistencia. Si la sed se me hacía demasiado grande, pues me hacía un poco de daño a mí misma. Y en ese momento de dolor propio, de íntima inmolación, triunfaba sobre todo el resto de los supervivientes de este nuevo y miserable mundo.

Entonces el Estado de Melgea –una cosa que no se sabía quiénes eran ni dónde estaban, porque todo el mundo hablaba en nombre de un supuesto jefe que a su vez tenía otro jefe y éste era el subordinado del supuesto jefe de todo esto– salió al ruedo con una solución: «Melgeanos, no se maten ni se hagan más daño entre ustedes, aquí les traemos una opción viable para calmar el ansia». Y entonces nos enteramos de que aquello que estaba en nuestra sangre y nos había salvado de la muerte, había logrado ser sintetizado y si le era inoculado a un muerto pues lo resucitaba. No hacía falta que nos aniquiláramos más entre los vivos, porque para eso estaban ahora los muertos. Los muertos devueltos a la vida. La nueva y despreciable raza de los resurrectos.

Muertos en vida para asesinar en serie. Muertos en vida para participar en orgías (¿era una violación si la víctima era un resurrecto? ¿Era acaso un acto de necrofilia?). Muertos en vida para ser cazados con arcos, flechas y sabuesos. Muertos en vida para que sean tus esclavos, para que se encarguen de todo lo que un vivo no puede ni quiere hacer. Para hacerles experimentos, para ponerse creativos en instalaciones artísticas. Para calmar las ganas sin necesidad de hacerle daño al otro. Los resurrectos eran, en fin, para hacerles todo lo que a un vivo no se le debe hacer.

Aclararé algo: un resurrecto no es un zombi. No es un ente estúpido sin cerebro que lo único que quiere es morderte y zombificarte. Los resucitados sienten, piensan, aprenden. Son un poco lentos, eso sí, un poco ausentes. Es como si estuvieran esperando resignadamente que en cualquier momento se los lleve de nuevo la muerte. Son ingenuos como niños pequeños que lo único que quieren es complacer a los adultos. Parecen estar demasiado aturdidos después de morir y regresar a la vida. Viven como sometidos bajo el peso del impacto existencial. No debe ser fácil descubrirse en una nueva oportunidad. Y darse cuenta de que esta vida tampoco es vida, que es incluso menos vida que la que tuvieron la última vez.

Había algo sumamente ambiguo con la resurrección, producía seres tocados por la candidez y la ternura; pero al mismo tiempo eran unos individuos tan dóciles, tan desprovistos de malicia, que resultaban insoportables. Daban ganas, no sé, como de hacerles daño. Al final para eso estaban, para eso los devolvieron. Había otra ventaja con esos muertos: no eran de nadie. No se sabe de dónde los trajeron ni en dónde los resucitaron. Nadie los había conocido en vida. Venían, así de sencillo, del mundo de los muertos. De otra parte. O de ninguna parte. Mejor no darle más vueltas.

Hasta que comenzaron a escasear porque los mataban tanto que ya no había manera de reponerlos. Un muerto aguanta una sola resurrección, no aguantan una tercera vida. Les inoculen lo que les inyecten ya esa gente no regresa. Entonces al principio escasearon los resurrectos y luego de pronto volvieron a aparecer pero entonces comenzó el rumor de que fulana durante una cacería se encontró a su papá que era la presa; que mengano en una orgía casi lo hace (se frenó a última hora al reconocerla en la penumbra) con su hermana que había muerto hacía un año. Que el esclavo aquel que se había quedado sin cuello y sin cuero cabelludo por estar recogiendo la cosecha de sol a sol resultó ser el abuelo de no sé quién que vivía en la zona 12. Entonces uno comenzó a tener cuidado con los muertos, no porque te fueran a hacer algo, sino porque no fuera cosa que le acabaras haciendo daño a alguien conocido.

El día de las fiestas por el segundo aniversario de Melgea se nos convocó a todos a la explanada central que se extendía entre el Arco de la Vida y el Monumento a la Supervivencia. Una famosa artista plástica, Sputnik-412, considerada la mejor de Melgea, había preparado un espectáculo para todos los melgeanos. El evento constaba de dos actos. En el primero se hacía volar por los aires, gracias a un sistema de poleas, a unos resurrectos cuya sangre había sido colorizada y plastificada, de manera que cuando se estrellaban contra los muros del Arco de la Vida y del Monumento a la Supervivencia explotaban como gruesos brochazos de una obra viva de Jackson Pollock. Alguien gritó en medio de la multitud –mientras los cuerpos impulsados por los cables dejaban sus coloridas marcas sobre los muros de piedra caliza– le había caído entre los pies una cabeza que manaba a borbotones sangre verde: al bajar la mirada reconoció a su hijo. La mujer que gritaba, me pareció reco-

nocerla, era la anciana que me condujo a Melgea. Antes de que se propagara el pánico, Sputnik-412 apresuró el segundo acto. Dos enormes balones, conformados por hexágonos hechos de resurrectos cosidos por cabezas y pies, fueron lanzados sobre la masa. Ganaba quien metiera el balón bajo el Arco de la Vida o lo hiciera traspasar el límite del Monumento a la Supervivencia. El partido de fútbol más grande de la historia de la humanidad. Y a mí me dio un poco de asco y me pareció todo tan vil, tan bajo, tan asquerosamente inhumano. Qué vergüenza que los supervivientes hubiéramos resultado nosotros. Qué especie humana de mierda. Sin embargo, cuando tuve uno de los balones cerca le di un golpe de cadera e hice un pase preciso para que alguien más allá anotara el gol de la victoria. Y me abrazaron y me felicitaron y me bañaron de cerveza y me cargaron en hombros y después de tanto tiempo me sentí más o menos bien.

Estaba amaneciendo. Venía abrazada, cantando y dando tumbos, con unos borrachos desconocidos. De pronto fuimos sorprendidos por una tapa de alcantarilla que se levantó del suelo, y del hueco que conectaba con el sistema de aguas servidas de Melgea ha emergido un resurrecto cubierto enteramente de materia fecal. El tipo calzó la tapa y se apuró para no ser visto ni oído por los vivos. Bajo la densa y pestilente pasta marrón reconocí a Agustín. Mi Agustín. Dejé que los borrachos siguieran su camino con su bobo bailoteo y me puse a seguir a Agustín hasta que finalmente, en un callejón solitario, lo pude agarrar por el codo. Se giró aterrorizado. Había aprendido ya lo que era el miedo. No me reconoció. O quizás sí, pero como quien guarda un vago recuerdo, lejanísimo, como proveniente de otra vida.

Me llevé a Agustín a casa. Lo bañé. Le puse cualquier cosa encima para quitarle aquellos harapos llenos de porquería. Seguramente lo estarían buscando a estas horas. Un resurrecto perdido, uno que no vuelve a donde debería estar a la hora pautada, es porque está secuestrado o muerto. Y dado que ya no abundaban, pues los buscaban hasta debajo de las piedras. Durante el tiempo que lo mantuve oculto me dediqué a hacerlo recordar. A contarle sobre nosotros, de nuestra vida como Mati y Agustín antes del fin del mundo. No sé si le mentí –creo que no–, le dije que nos habíamos querido. Mucho. Y que lo había echado tantísimo de menos.

Agustín por fin habló, tenía la voz un poco más ronca, su misma voz de antes pero como añejada dentro de una garganta que había pasado demasiado tiempo en silencio. No me habló de nosotros ni de nuestra vieja vida, simplemente dijo: «Nos tenemos que ir. Tienes que salvarte. Aquí viene una revuelta terrible y no va a quedar ni un solo vivo en pie». Fue allí cuando me enteré que los resurrectos se habían hartado de su nueva mala vida. Y que el rencor que nos tenían a los vivos era algo de otro mundo. Se venían con todo, habían planificado su revolución clandestinamente entre las galerías y túneles del subsuelo. Un laberinto de cañerías subterráneas que nadie conocía mejor que Agustín, pues había trabajado allí toda su vida después de muerto.

Nos fuimos de madrugada. Antes de dejar mi casa, sabiendo que sería para siempre, me llevé oculto y sin saber por qué un bolso lleno de todas esas herramientas para hacer daño que tenía en mi cámara de torturas jamás estrenada. Luego me aferré a la mano de Agustín y me dejé llevar hacia la misma alcantarilla circular por donde lo vi salir el día en que lo reencontré. Por ahí bajamos, nos internamos por el inframundo de Melgea, recorrimos sus apestosas entrañas. Por momentos no veía nada de nada, simplemente me dejaba llevar por él, con sus ojos tan acostumbrados a la penumbra. La última parte del trayecto no la recorrimos sino que la nadamos a través de un río de mierda. Hasta que por fin un ducto nos condujo al exterior. Fuimos expulsados por el torrente al otro lado de la muralla, a cielo abierto, más allá de la cúpula.

Agustín se quedó largo rato de pie con el sol del ocaso en la cara. Le dije que nos fuéramos, que corriamos peligro, que no perdiera más el tiempo. Pero no se movía. Le di la vuelta y lo encaré, lo agarré por el cuello de la camisa, entonces me di cuenta de que tenía los ojos muy abiertos, que no pestañeaba, que después de toda una vida en la oscuridad no pensaba perderse nunca más un rayo de sol. Y lo quise, quise tanto a ese hombre en ese momento que lo besé y no me importó a qué olera o supiera ese beso lleno de tantas cosas. A gloria. A lujuria. A vida. Qué sé yo.

Caminamos largas jornadas entre acantilados, dunas, playas, ciudades derruidas. Nos internamos finalmente en el bosque y en un claro decidimos construir nuestro refugio. En la construcción de ese refugio, nuestra nueva

cabaña en el medio de la nada, Agustín se cortó una mano. No era algo grave pero sí escandaloso, manaba la sangre copiosamente. Sin saber qué hacer, mientras buscaba algo para frenar la hemorragia, me metí la mano herida a la boca y chupé con voracidad. Algo con ese amoroso gesto hematófago se activó en él y en mí. Algo que sabía a todos los centímetros de locura, adicción y maldad que en otra vida nos faltaron.

Entiendo por fin el sentido de nuestras vidas: yo le enseñaré a estar vivo; él, que tiene más experiencia, me enseñará a encarar la muerte. Comprendo también porqué me traje el bolso, allí guardo el amplio espectro del placer, el dolor y la subsistencia. Como quien atesora una cantimplora mágica que fabrica a diario la dosis precisa de líquido para sobrevivir. Nos matamos a polvos como si en eso se nos fuera la vida cada noche. Nos hacemos daño rico para encarar a la muerte a escala. Al día siguiente resucitamos para poder matarnos en la noche otra vez.

Mientras tanto, allá a lo lejos, se oye una explosión y se levanta una columna de humo sobre lo que debe quedar de Melgea. Se está acabando el mundo otra vez. Y nosotros aquí más vivos que nunca. Por fin viviendo la vida que queremos vivir. A plenitud, mientras dure.



— — — — escritura — — — —



JOSÉ URRIOLA

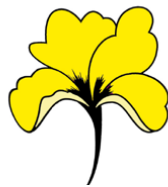
Caracas, 1971. Escritor y docente. Es autor del cómic *Chupetes de luna* (2012) y del libro para niños *Cuentos a patadas* (2014). También de las novelas *Experimento a un perfecto extraño* (2013), *Santiago se va* (2015) y *Fisuras* (2020). Así de como de las crónicas pandémicas recogidas en *Mientras tanto, aquí dentro* (2021) y del libro de relatos *Fragmentario* (Mención de honor del Premio Salvador Garmendia). Reside en México desde el año 2010.

- - - ilustración - - -



ALBA HOYOS

Madrileña de pura cepa, de madre artista y padre comerciante. Se interesa por el arte desde temprana edad y forja su carácter rebelde e insurrecto tras 15 años en un colegio católico. Estudia Bellas Artes en la Universidad Complutense de Madrid y, al terminar la carrera, obtiene una beca europea para desarrollar trabajos de arte e ilustración en contextos sociales en Berlín. Al volver a España, cursa un grado en ilustración en la escuela Artediez. Ha participado en varios proyectos literarios y de autoedición. Actualmente compagina su actividad como ilustradora con trabajos de diseño gráfico. Colabora como ilustradora con petalurgia.com



www.petalurgia.com
petalurgia@gmail.com
[@petalurgia](#)